

sa elementos de antagonismo al régimen político dominante, llegando a su mayor expresión en diciembre de 2001, momento en el cual se trasciende la institucionalidad establecida, ocasionando la renuncia del presidente electo De la Rúa y la de su reemplazante Rodríguez Saá (este último con sólo siete días en el gobierno).

En este sentido, la crisis se nos presenta como lucha y disputa por superar el rumbo neoliberal dominante. Obviamente que esta idea, y lo quiero marcar con fuerza, no se liga a una visión romántica de: bueno, la crisis nos permite repensar nuevos procesos de integración social y modificar todo lo que está sobredeterminado. No, en absoluto. Si justamente uno piensa que hay gémenes, que hay semillas, que hay aspectos que cuestionan lo instituido, esto se da con resistencias de los núcleos de poder. Justamente, si uno analiza la dinámica de la sociedad capitalista a lo largo de su historia, observa que cada momento de crisis hace que los grupos de poder actúen con prácticas de resistencia y defensa de lo instituido. En este sentido, la síntesis resultante del proceso de lucha se relaciona con una determinada correlación de fuerzas de los sujetos actuantes y de los proyectos o estrategias en pugna.

Desde un proyecto profesional crítico, debemos aportar a la construcción de una política social alternativa a la dominante, que parta precisamente de lo que niega esta política dominante: los derechos sociales, los derechos de ciudadanía.

Las distintas políticas sociales sectoriales, focalizadas en grupos de extrema pobreza, pueden y deben articularse en una política social integrada y universal que garantice la satisfacción de las necesidades de todos/as los/as ciudadanos/as, sin pasar por ningún mecanismo de selección por parte del Estado o el mercado. Es decir, construir una política UNIVERSAL (retomando la histórica noción de universalidad contenida en el proyecto civilizatorio de la modernidad). Es la única posibilidad de sacar de la pobreza y la indignidad a los miles y miles de hombres y mujeres que se hayan subalternizados como condición de su supervivencia. En este sentido, debemos vertebrar un discurso y práctica democrática para interpelar al poder hegemónico discriminador.

Ensayo Crit. Ps. A. 2005

Silvia Fernández Soto (Coord.)
"El TS y la C.S. Cívica, Proimicia
con sociales y ciudadanía"

Límites y posibilidades de la intervención profesional y la cuestión contemporánea

Margarita Rozas Pagaza
(UNLP)

Agradezco a los organizadores del encuentro el haberme invitado a participar en este panel y compartir con los colegas de esta mesa que vienen trabajando y reflexionando sobre la intervención profesional.

Analizar los límites y posibilidades de la intervención profesional en el contexto actual de la Argentina implica tener en cuenta al menos dos aspectos básicos: uno, las condiciones socio-económicas y culturales de los sectores subalternos de la sociedad argentina; dos, la implicancia que necesariamente ella tiene para el desarrollo de la intervención profesional. Ambos aspectos constituyen de partida la relación indiscutible que la profesión tiene con los procesos sociales, en tanto que definen las condiciones de desenvolvimiento de la intervención.

En cuanto al primer aspecto, es necesario plantear algunos datos que muestran las características actuales que asume hoy la cuestión social, y que definen una de las crisis más importantes de la historia del país. Para empezar señalamos que hay 20 millones de argentinos que viven bajo la línea de pobreza, lo que equivale al 53% de los habitantes del país (según los datos proporcionados INDEC); 9 millones de los pobres son considerados indigentes, es decir aquellos que no tienen ingresos para satisfacer sus necesidades energéticas y proteicas de cada día; de los cuales 4 millones son menores de 14 años de edad que no pueden acceder a una alimentación básica diaria, y como consecuencia inmediata son víctimas de enfermedades y sufren de diferentes grados de desnutrición. Ello se agrava por que 7 de cada 10 niños nacen en hogares pobres, y cuatro de ellos viven en situación de indigencia, lo cual implica que la pobreza superaría para este sector (niños menores de 14 años) el 75%. Y 6 millones de argentinos se convirtieron en nuevos pobres en los últimos 12 meses. Este cuadro se-

ría incompleto si no advertimos que la brecha en la distribución de la riqueza está en uno de los puntos más altos de la historia, y como consecuencia de la injusta distribución de los ingresos (según los datos del INDEC, enero de 2003), los ingresos de los ricos superan 30 veces los ingresos de los más pobres. Dicha brecha se agravó por la devaluación y el impacto de la inflación sobre los sueldos. En este marco, el achicamiento de la economía argentina en el año 2002 fue del 11%, pero no todos los sectores sufrieron por igual las consecuencias. Sólo en Capital y el Gran Buenos Aires, para este año, el 10% más rico de la población recibió el 38,8% de los ingresos totales, y al 10% más pobre le correspondió el 1,3%. La misma fuente indicaba que en el año 2001 esa brecha era 28,7 veces y que en 1974 era apenas del 12,3 veces. Estos datos muestran la gravedad del cuadro socio-económico que ha cambiado de manera significativa la estructura social argentina, ocasionando un nivel de empobrecimiento generalizado de la sociedad y una fragmentación que amenaza la integración social. Ambos aspectos –empobrecimiento y fragmentación–, sumados al dilema político aún no resuelto constituyen un núcleo analítico, necesario para pensar no sólo la intervención de los trabajadores sociales, sino también de otros profesionales. En tal sentido Lo Vuolo considera que el núcleo de la actual cuestión social en la Argentina es la pobreza, y lo argumenta de esta manera: *"Para superar debilidades señaladas hay que asumir el problema de la pobreza como emergente de la 'llamada cuestión social'. Con esta noción se alude a las dificultades que exhiben las sociedades modernas para sostener la inserción social de toda la ciudadanía y, de allí, la cohesión del conjunto de la sociedad. Más allá de las nuevas formas en que se expresa esta cuestión social, la problematización que encarna si- gue siendo la misma que en el pasado y se refleja principalmente en la relación de trabajo. La relación de trabajo es el soporte privilegiado de la inserción de las personas en la estructura social, y de este sostén dependen las redes de sociabilidad, incluyendo las instituciones de protección social. Justamente son los cambios en la relación del trabajo y la precariedad laboral lo que ha alterado profundamente las posibilidades de inserción social estable de las personas y la cohesión del conjunto de la sociedad"* (Lo Vuolo, 1999: 296-297).

En este contexto, las principales políticas sociales, con el correr del tiempo, al menos para el caso argentino, ocasionaron lo que acertadamente señala Andrenacci: *"la desregulación que demanda el capitalismo post- estatista diluyendo una parte importante de la fuerza integradora y de los parámetros de protección que brindaban las relaciones salariales. La degradación del empleo y las condiciones de vida de un sector importante*

de la población potencia a la vez las necesidades de intervención asistencial de un Estado que debe, al mismo tiempo, limitar su presupuesto. El resultado es una 'fuga' hacia formas masivas y sistemáticas de asistencia social descentralizada..." (Andrenacci, 2001: 172).

Por lo tanto, entendemos que esta crisis se presenta en términos de dilemas: un dilema económico que no termina de perfilar una propuesta de desarrollo que supere los parámetros de la economía basados en los intereses del capital financiero; un dilema social altamente excluyente y, finalmente un dilema político que a mi juicio agudiza las posibilidades de reorientar una dirección general de la sociedad que defina con capacidad una ruptura significativa respecto a su encapsulamiento y su práctica inmoral en el ejercicio de la política. Estos dilemas han generado un conjunto de reacciones de parte de la sociedad civil, organizaciones diversas que, a la vez cuestionan la situación actual, e intentan una búsqueda de formas alternativas de protesta y lucha que vislumbren una camino posible. Me parece que este escenario demanda algunos desafíos a la profesión. Y este es el segundo aspecto al que nos queremos referir:

1. La importancia que adquiere el papel de la teoría para un análisis riguroso de dicho escenario –a pesar de que está incorporado cada vez más en el colectivo profesional–; necesitamos seguir profundizando sobre un marco explicativo de la mudanzas que se están generando a nivel de los procesos de acumulación capitalista en sus diversas dimensiones, políticas, económicas, sociales y culturales. La globalización sin duda significa que dichos procesos de acumulación y mundialización del capital –que por cierto siempre existieron– implican niveles de profundización de la interdependencia asimétrica, cuando se trata de economías vulnerables como las nuestras, asimismo el desarrollo de la hegemonía predominante de las corporaciones en el control de las regulaciones económicas, cuya operatoria es llevada adelante por los organismos internacionales. Algunos autores consideran que la globalización consiste en una nueva visión del mundo del capital y de los poderes dominantes que establecen reglas de juego para el sistema mundial. Entre estas reglas de juego se ha limitado la acción del Estado-nación y la soberanía nacional. Estos límites han influido de manera significativa en la forma como el Estado responde a los problemas sociales y, fundamentalmente, al desplazamiento de la fuerza de trabajo y la exclusión social. En este marco, es de suma importancia aprehender y desentrañar los mecanismos que operan con respecto al debilitamiento de la acción social del Estado.

2. La intervención profesional tiene como desafío la construcción de mediaciones que permitan analizar las articulaciones existentes entre estos procesos generales y su implicancia en el mundo nacional y local. Teniendo como base el desarrollo particular de la Argentina, con respecto a los modos de producción y reproducción social en un contexto de crisis como el que estamos transitando. En tal sentido, la comprensión de la cuestión social implica para la intervención profesional los modos en que cada formación nacional generó desigualdades e injusticias enraizadas en la estructura social. Este proceso se ha profundizado de manera cualitativa -tal como señalamos al comienzo de esta exposición- y abarca todas las esferas de la vida social. En esta dirección es difícil un proceso de intervención que no tenga como horizonte esta perspectiva analítica.

3. En tal sentido, la concepción teórica y práctica de la cuestión social, así como su expresión material y simbólica, como horizonte de la intervención aporta un marco de posibilidades para analizar el conjunto de acciones y relaciones, ya sean éstas de cooperación, de conflicto, de ruptura y de integración que establecen los individuos, grupos, asociaciones e instituciones que disputan el derecho a estar incluidos. Desde esta perspectiva, la cuestión social es generadora de desigualdades pero al mismo tiempo de resistencia, como dice Marilda Lamamoti; es decir, implica limitaciones y posibilidades para encarar el ejercicio profesional. En este punto me parece de singular importancia el descubrimiento de sentidos y lógicas que los sujetos le dan a su práctica cotidiana en la lucha no sólo material sino también no material. Esto último referido a la lucha por el trabajo, la dignidad, la recuperación de vínculos, lazos sociales y nuevas identidades. ¿Realmente conocemos estos aspectos en el mundo de los sectores subalternos? Y si no los conocemos, ¿cómo establecemos una mirada estratégica de intervención?

2. En este proceso de mediaciones es importante analizar la relación entre Estado y sociedad. En tanto podemos descubrir las modificaciones que se están realizando a nivel de las prácticas sociales, las nuevas configuraciones que adquieren esas relaciones y su implicancia en las formas de reproducción social. A partir de la crisis del Estado de bienestar hay una revalorización de la sociedad civil, y muchos consideran que el fortalecimiento de la misma implica diferenciarse del Estado y el mercado. Sin embargo, la idea de la sociedad

civil donde conviven diversas formas asociativas, el llamado tercer sector y diversas agrupaciones voluntarias, ONGs, que bajo la idea de "solidaridad" y muchas veces promovidas por los mismos organismos internacionales para justificar la ausencia del Estado, han sobrestimado su papel en la solución de los problemas que competen al Estado; en este sentido hay un resurgimiento de la filantropización, que viene por otro lado vinculada al proceso de la asistencialización de las políticas sociales. Sin duda hay muchas organizaciones que efectivamente dan muestras de la fortaleza organizativa para recuperar el trabajo, como es el caso de las fábricas tomadas, pero serán insuficientes si a la vez no establecemos un nuevo contrato social que garantice bases sólidas de equidad y justicia. Conviene por lo tanto resignificar este concepto de sociedad civil como aspecto significativo para la intervención profesional entre la comunidad y las instituciones. Esta perspectiva de las posibilidades de seguir pensando la intervención como estrategia de relacionar recursos institucionales y comunitarios buscando en esa relación el fortalecimiento de la concepción de alteridad en la trayectoria de los sujetos, de la instituciones y los grupos. En este sentido, la importancia de recuperar el punto de vista de los actores imbricados en la trama social, en la que hombres, mujeres, jóvenes, familias atravesados por el dolor de la pobreza generan de manera permanente actitudes, estrategias, posicionamientos y comportamientos que les posibilitan en muy difíciles y complejas situaciones enfrentar la lucha por seguir viviendo.

A mi juicio, este es un punto de partida significativo para articular posibilidades en la intervención profesional en tanto aporte a construir nuevas relaciones sociales.

5. Otro aspecto que constituye un eje significativo en la intervención profesional, está relacionado con el aporte a la construcción de una nueva institucionalización social, para lo cual es necesario el desarrollo de un conjunto de alianzas con otros profesionales y actores políticos de la sociedad civil. Me parece que es una apuesta significativa en la profesión para ampliar el horizonte de su acción desde una perspectiva política. Esta dimensión la entiendo como la posibilidad de incidir en las alternativas positivas para la distribución de bienes y servicios, pero fundamentalmente en la mirada estratégica que la intervención debe tener con respecto al sentido de alteridad en la vida de los individuos, grupos e instituciones. La dimensión política también se refiere a cómo definimos y problematizamos las

manifestaciones de la cuestión social, caracterizando con responsabilidad ética sus implicancias en la vida de los sujetos y en la direccionalidad que se asuma en la solución de sus problemas.

6. La dimensión ética es otro aspecto que debemos agregar a las posibilidades de la intervención, y nos referimos con esta dimensión a la necesidad de que el profesional considere que la definición de la idea de justicia e igualdad no es una preocupación solamente referida a los instrumentos operativos de las instituciones y de la intervención, sino que se refiere sustancialmente a los valores y fines que sustentan la posibilidad de aportar a la construcción de los derechos sociales.

7. Cuando nos referimos a la tarea de incidir en la reconstrucción de relaciones sociales también nos referimos, al menos, a dos aspectos: a la materialidad de los sujetos con los cuales trabajamos y la nuestra propia, y a la construcción de procesos de integración necesarios para la construcción de ciudadanía basada en los derechos sociales.

A manera de hipótesis, considero que se están configurando algunos escenarios cuyas características demandan a la intervención profesional una mayor competencia, fundamentalmente política, instrumental y analítica, pero al mismo tiempo la visualización de tres tipos de articulación: la importancia de articular las decisiones políticas en materia social a nivel local-comunitario, las acciones que relacionan las políticas de carácter asistencial a las acciones organizativas que presionan y controlan su implementación, y las articulaciones a nivel de diseño de políticas sociales incorporando la importancia de los derechos sociales.

1. Las condiciones de pobreza en la Argentina y la desestructuración de la sociedad salarial implican la necesidad de aportar a la construcción de economías populares en ese sentido será necesario poner en juego nuestra capacidad de trabajar con metodologías de organización, gestión y diseño de políticas sociales. Más allá del debate de lo que significa la economía popular, considero que es una posibilidad de resolver a corto plazo las urgencias del hambre, que cada vez afecta a una mayor parte de la sociedad. En tal sentido, economía y política social implican una confluencia necesaria.

2. Por otro lado será importante seguir trabajando con las políticas asistenciales que necesariamente considero existirán por el quiebre que ha exis-

tido en los padrones de protección social y por la disminución de las fuentes de trabajo. Ello implica que será necesario resguardar ese espacio para la profesión, en la perspectiva de pensar la asistencia como un derecho y la posibilidad de articular las organizaciones de la comunidad con sus demandas y propuestas que cotidianamente se expresan.

3. Descifrar el escenario de los lugares estatales para la intervención profesional en la medida en que dichos lugares deben reconstruirse, y transitar a experiencias de organización en el marco de transición a la crisis; será necesario que el trabajador social aproveche para instalar sus competencias en el diseño de políticas y programas sociales. A mi juicio ambos escenarios se relacionan, y por eso la intervención deberá tener la capacidad de adquirir competencias que le permitan transitar en esos escenarios y realizar los pasajes necesarios con suficiente flexibilidad, pero al mismo tiempo con una visión política de su acción. En definitiva, lo que estamos proponiendo es resignificar la "tan mencionada relación del Trabajo Social con los procesos sociales". En esta dirección, el aporte a hacer pública la cuestión social es una tarea necesaria en la reconstrucción de nuevas reglas de juego en la provisión y acceso a los bienes y servicios, teniendo en cuenta la diversidad de situaciones de pobreza que caracteriza hoy a la Argentina. Al mismo tiempo, consideramos que la discusión sobre la cuestión social en nuestros país, es "problematicar" la sociedad en su "historia" y en su perspectiva de "futuro", es preguntarse sobre el destino de nuestros derechos, nuestra posibilidad de ser ciudadanos y el sentido de nuestra pertenencia a una nación en referencia a la construcción del bien común; en definitiva, es preguntarnos si somos capaces de construir otro país más inclusivo, de otra manera y desde otro lugar.

4. Finalmente, es necesario recordar que la competencia instrumental aporta a ese proceso de construcción de una nueva institucionalidad social, como un imperativo que deviene de la crisis que vive el país respecto de la falta de credibilidad en las instituciones; por ello es necesario recordar que el Trabajo Social se fue construyendo históricamente en la dinámica y finalidades de la práctica desarrollada en los diferentes campos de ocupación profesional. Es decir, la definición del qué hacer profesional se fue construyendo en el aprendizaje del oficio y en el marco del proceso socio-institucional, en cada momento histórico, en el cual se institucionalizó la intervención. En tal sentido, el uso del instrumental técnico es parte de una estrategia profesional, y ella se reorienta en función de sus objetivos y finalidades.

En esta perspectiva Martinelli y Koumrouyan conciben a la dimensión instrumental, que está formada por el instrumento y por la técnica y entendida como "categoría relacional, es decir, instancia de pasaje que va de la concepción de la acción a su operacionalización (...) [O también,] conjunto articulado de instrumentos técnicos que permiten la operacionalización de la acción profesional".

En tal sentido, técnica es "habilidad en el uso del instrumental" e instrumento tiene "naturaleza de estrategia o táctica, por medio del cual se realiza la acción". En esta dirección, se redefine la comprensión del instrumental técnico en dos sentidos: vinculada a una teoría expresada en un saber construido en relación al movimiento de lo real, y, por otro lado, la intencionalidad que se le da a la intervención expresada como dimensión política. En tal sentido, considero que la técnica no es neutra en tanto genera relaciones sociales en los ámbitos específicos en los que se desarrolla la profesión. En esta dirección, el instrumental técnico-operativo es parte constitutiva de la intervención profesional y le imprime un carácter potenciador de mayor calidad en tanto se fortalece la intencionalidad de la intervención y se concretiza como expresión de la posibilidad de incidir en alternativas de solución. Guerra (1995) considera "la instrumentalidad como una categoría constitutiva del ser social, que incorpora el modo de existencia y consciencia de los hombres en la sociedad capitalista y que, por esto, posee una racionalidad. La instrumentalidad del Trabajo Social, está dada por la forma en que la profesión se inserta en la división social y técnica del trabajo y cuya racionalidad se produce en las regularidades presentes en las acciones y representaciones de los trabajadores sociales".

Finalmente, quiero expresar que el avance de la profesión en nuestro país ha iniciado un camino importante, pero ella debe seguir desarrollándose para enfrentar la situación de crisis que vive el país. En tal sentido, nuestra preocupación permanente es relacionar el conocimiento y la práctica, pero ahora adquiere una nueva significación. Es decir, tenemos la posibilidad de aportar desde nuestras acciones inmediatas a la generación de un lenguaje común sobre el horror de la devastación humana, y al mismo tiempo interpretar y articular acciones colectivas para las transformaciones microsociales. Considero que en tres dimensiones: a) generar desde las instituciones una vinculación directa con las diversas organizaciones populares para construir una lógica de distribución y acceso al recurso con criterios de equidad; b) transformar la información en una herramienta de poder, hoy más que nunca el conocimiento y la información deben ser parte de la lucha por

los derechos sociales; c) fortalecer los circuitos de acción en red entre profesionales de diversas disciplinas y entre los actores colectivos; no es posible generar transformaciones desde la práctica solamente individual de un profesional.

En esta dirección, es importante refundar nuestra legitimidad dándoles a nuestras prácticas un sentido político: si bien el horizonte del lado de los perdedores no está aún claro en relación a cómo se resuelven los procesos de exclusión en el marco de este sistema, es también cierto que sabemos que no existe sociedad con una mayoría expulsada de las esferas y circuitos de la distribución de la riqueza, y esto claramente plantea la lucha por la inclusión, incluida la nuestra. En este sentido, es necesario problematizar la relación entre la construcción de nuestra propia ciudadanía y el profesionales.

Problematizar sobre esta relación es un planteo teórico y político. Y debe constituirse en el centro del debate profesional, pero ello no sólo debe ser un debate academicista, sino que implica modificar sustancialmente la formación profesional en el ámbito de las carreras de Trabajo Social y del mismo modo en las funciones de los colegios y asociaciones profesionales. Las pertenencias autorreferidas en ambas instancias deben encontrar caminos de articulación fluida en términos de nuestra acción colectiva. No hay más tiempo para seguir insistiendo en lugares segmentados y en estructuras obsoletas que no se corresponden con la velocidad de los acontecimientos del mundo actual.

Desde luego, para ello será necesario revisar nuestras prácticas individuales y colectivas que reproducen las mismas prácticas del orden burgués. En el ámbito universitario, por ejemplo, la lucha por el poder se ha realizado no en función de proyectos académicos sino de grupos que buscan beneficiarse con las migajas de los pocos recursos que nos quedan en la educación. Y es posible que nuestras miserias humanas se evidencien cada vez más en medio de la crisis. Hoy más que nunca debemos construir una nueva institucionalidad basado en el respeto y en una mirada estratégica de nuestra función. Uno ve con perplejidad que la corrupción moral y material así como las prácticas de exclusión, se reproducen en la vida académica y el ejercicio profesional. Del mismo modo, uno ve cómo han proliferado los intelectuales que se venden y venden sus conocimientos al mejor postor, se convierten en pequeñas empresas y se rigen por los mismos códigos del mercado para competir. Esto es producto del neoliberalismo como ideología, que ha acentuado las prácticas individualistas y de mala competencia. Estos mismos intelectuales son los que difunden las teorías relativistas e individualistas que tienen que ver con la justificación del orden establecido, y tienen una compren-

sión de los problemas sociales alejada de sus implicancias estructurales. Me parece que este es el logro que ha tenido el neoliberalismo como ideología, visión absolutamente compatible con el individualismo que ha impregnado a la sociedad de la última década; en este sentido, definen un proyecto profesional tecnocrático basado en la eficiencia y la eficacia. Pero también hay intelectuales que desde hace tiempo están comprometidos desde otros valores con la profesión. Generan ideas, socializan e intentan comprender los acontecimientos que nos han llevado a la degradación humana. Muchas investigaciones de trabajadores sociales nos han mostrado desde su intervención las mutaciones de las instituciones como la familia, y nos han brindado elementos de las marcas sociales casi irreversibles de los excluidos.

Volver a definir el Trabajo Social para servir al desarrollo humano

Mercedes Escalada

(UNLU)

Especificidad del Trabajo Social

El Trabajo Social ¿tiene una especificidad?

Si la especificidad es lo propio de algo, lo más claro es que existe una demanda dirigida específicamente al Trabajo Social: tanto la parte de la sociedad que no padece un determinado tipo de problema, como la que lo padece, demandan la intervención profesional que se presenta en ambas partes con el imaginario de "ayuda". Es necesario entonces definir el tipo de problema que genera la demanda, es decir, el problema que genera el pedido de "ayuda".

Buscando una descripción que pueda tener alcance general o universal, pareciera en la que el tipo de problemas al que nos referimos es aquel constituido por toda situación en que la persona y/o sus familiares directos no pueden resolver por sí mismos. No poder resolver por sí mismos implica la incapacidad de obtener los recursos –de la naturaleza que fueren– para solucionar el problema o satisfacer la necesidad.

Cuando nos encontramos frente a esta situación, podemos admitir que el tipo de problemas corresponde a lo que denominamos "problema social".

De modo que un elemento que puede servir para definir la especificidad del Trabajo Social puede también convertirse en su **objeto**: éste estaría constituido por los **problemas sociales**; ellos requieren de nuestra intervención profesional para concretar soluciones, definidas en sus rasgos generales por la política social.

Examinemos: si se trata de un elemento constitutivo de la especificidad del Trabajo Social, el objeto definido debería ser un objeto propio del Trabajo Social; es decir, un objeto no abordado o estudiado como objeto general y de primera importancia por otras disciplinas. Pero los problemas sociales son estudiados también por la sociología, la economía, la psicología social y la antropología, entre otras disciplinas. Sin embargo, no constituyen el objeto de estu-